

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. —
Número suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. —
Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

ADVERTENCIA

Queridos lectores de El Motín:
Para compensar en parte las pérdidas que causan en la administración del periódico los republicanos clericales que le hacen la guerra con más rabia aún que los propios neos, quienes ustedes compran, a la cuarta parte próximamente de su precio, colecciones de Los crímenes del carlismo?

Cada una consta de 45 folletos, que a 15 céntimos importan 6 pesetas 75 céntimos.
Pues bien: por dos pesetas enviaré colecciones a los que las pida.

¡Aprovechad la ocasión!, como dicen en las liquidaciones por derribo, y se le agradecerá como favor.

Y vanos viviendo (?) y atesorando tesoros en la tierra, aunque el orín y la polilla los consuman, y los ladrones los desentieren y roben. (Lo contrario de lo que decía San Mateo, en el cap. VII, v. 19 de su Evangelio.)

Los de ayer y los de hoy

Puede formarse idea aproximada de cómo estamos, sólo pensando en esto: los hombres de la revolución, Prim, Serrano, Rivero, Ruiz Zorrilla, Becerra, Carlos Rubio, etc., aparecen hoy a nuestros ojos como héroes legendarios. Hay más distancia de ellos a nosotros, que del Cid, el Gran Capitán y García de Paredes a ellos.

Y se comprende. Ellos, si bien con las modificaciones que los tiempos imprimen hasta en los actos heroicos, conservaban los rasgos característicos de la raza española: el valor, la audacia, la tenacidad; todo lo que nosotros hemos perdido por completo.

Ellos conspiraban constantemente, y si había que salir para el destierro, salían; y si entraban en el presidio, entraban; y si tocaban a batirse, se batían. Llegó un momento en que ninguno de los citados, con muchísimos más, moraban en la Península, y al que estaba, había que visitarlo en la cárcel. De aquí el entusiasmo del pueblo por ellos y lo dispuestos que se hallaba siempre a seguirlos; de aquí que fuera posible el derrumbamiento de la monarquía secular.

Todos han muerto, pero sus nombres están vivos en nuestra memoria; nos parecen que forman parte de nuestra familia. Los últimos fueron Zorrilla y Becerra; y a pesar de lo gastados que ambos estaban, cada uno por motivo diverso, al recordar sus hechos anteriores al 68, respiramos por un momento auras vivificadoras de libertad, revolución, patriotismo, algo muy grande que ya sólo sentimos apelando a los recuerdos.

Algunos de ellos hicieron verdaderas locuras por la libertad. ¡Hacer locuras! ¿Hay nada más hermoso? Benditos sean los locos sublimes que dieron el grito de independencia en Madrid; benditos los que se sublevaron en las Cabezas sin pensar que tenían sobre los hombros una que perder; benditos los Lacy, los Porlier, los Torrijos; benditos, en fin, cuantos por la libertad se han sacrificado en vez de perder el tiempo en mantener fracciones caducas y jefaturas ridículas como los cuerdos de ahora, que sujetan a medida el entusiasmo, a peso el arranque, a cálculo la decisión, y que se pasan la vida en chinchoneras de programas y en buscar oportunidades que nunca llegan.

En menos de tres años hicieron los hombres aquellos lo de Villarejo de Salvanés en Enero, y lo de Madrid el 22 de Junio del 66; lo de Llinas de Marcellino en Agosto del 67, y la revolución en Septiembre del 68, es decir, cuatro movimientos; mientras nosotros en veinticuatro años, con tanto jefe, y tanta fracción, y tanto comité, y tanto manifiesto, y tanto mitin, y tanto banquete, y tanto programa, solamente hemos realizado dos, y hace trece años que no damos señales de vida.

¿Por qué aquello, y por qué esto? Porque entonces los hombres miraban por su fama y su honor más que los de ahora, y mucho más aun por la patria. De cada uno de los que he citado puede escribirse una biografía revolucionaria que conmueva y admire; pero ¿qué puede escribirse de los republicanos importantes desde la restauración acá? Que nada han

hecho por la revolución, como lo prueba el que el gobierno no los haya puesto a buen recaudo; pero que, en cambio, son sabios, son filósofos, son elocuentes; cualidades tan necesarias para traer la República, que no se concibe cómo no está implantada en España hace lo menos veinte años.

Y tener que echar a broma cosa tan seria, para no dejarse llevar de la indignación, que resulta ridícula cuando es impotente!

José NAKENS

ESTÉRIL

El que quiera saber lo que los españoles hacen, no tiene sino averiguar lo que dicen. Lo uno es siempre lo contrario de lo otro. Todos reniegan de la política, y ninguno habla de otra cosa. Todos execran la burocracia, y todos piden destinos. Todos abominan de la centralización, y todos cooperan a ella. Todos maldicen de la indolencia, y ninguno trabaja. Todos claman contra la ignorancia, y ninguno estudia. Casi todos repugnan al imperio de la teocracia, y casi todos la mantienen. Jamás hubo en pueblo alguno divorcio semejante entre los dichos y los hechos.

Un pueblo así es incorregible. Para rectificar la conducta de los hombres no cabe emplear sino dos procedimientos: la coacción o la convicción. La primera, de índole puramente exterior y de muy limitada eficacia, es impotente para modificar la psicología de un pueblo. La segunda resulta inútil allí donde las ideas no determinan las acciones, y donde se hace lo contrario de lo que se piensa. Todo medio de propaganda resulta así nulo, y todo esfuerzo estéril.

Se escribe un libro, un libro se entiende, que contenga alguna idea y encierre algún propósito, no perteneciendo al género de la vaga y amena literatura. Entéranse del hecho aquellos de entre los intelectuales que comulgan en opiniones con el autor. Los adversarios se guardan de leerlo. Los «neutros» no tienen tiempo que consagrar a la lectura. Así, a pesar de las notas bibliográficas que publica la prensa, escritas las más de las veces por el autor mismo, inspiradas sino en el atento examen de la portada y del índice, publicar aquí un libro y tirarlo a un pozo viene a ser la misma cosa.

Se hace una campaña en la prensa. Los correligionarios la siguen con simpatía; los enemigos la combaten con saña. El poder se encoge de hombros mientras la cosa no pasa a mayores; si pasa, busca medio de denunciar al periódico y encarcelar al periodista. Pero, libre éste o en chirona, las cosas quedan como estaban, y el abuso persiste, flotando victoriosamente sobre todas las opiniones favorables o adversas.

Se celebra un mitin. Allí se pronuncian discursos calurosos, vehementes, razonados, elecentísimos. Una muchedumbre abigarrada acude, llena de curiosidad, a presenciar aquel espectáculo gratuito. Hay aplausos, palmadas, vítores. Hay aquello de ¡bravo!, ¡venga de ahí!, ¡ahí les duele!, cuando no ¡vaya salao! y ¡vaya tu madre! Y pasado aquel rato de entusiasmo, cada cual regresa a su casa a atender a sus asuntos ó a sus placeres, sin volverse a ocupar para nada de aquello que la elocuencia parecía haberles hecho sentir tan hondo.

Supongan ustedes que en vez de pasar así las cosas se realizara el ensueño del propagandista. El libro, reproducido en cientos de miles de ejemplares, llega a todas partes y es leído por los pocos que saben leer, a los muchos que no saben. La campaña periodística se extiende, se difunde y lleva a todos los ánimos el convencimiento. El mitin se reproduce en cientos de mitins, a los que acuden grandes multitudes, que salen de ellos persuadidas y emocionadas. ¿Qué aprovechará todo eso en un país donde las convicciones no determinan los actos, los hechos van al revés de las ideas y es costumbre en todos proceder a la inversa de lo que piensan y creen?

Penélope destejía por la noche lo que tejía durante el día. Sisifo estaba condenado a elevar a lo alto de la montaña una roca que incesantemente volvía a caer por su propio peso al abismo. Las Danaides tenían la misión de llenar un tonel sin fondo. La mitología griega desconoció otro trabajo no menos ingrato y duro: el de cavar, arar, sembrar y regar una tierra que no da fruto.

ALFREDO CALDERÓN

Corrieron hace días rumores en la ciudad de Figueras de que en un convento de aquella ciudad se oían gritos y ayes, unidos a voces de mujer joven. A pesar de estas autoridades nada hicieron, y se habló de vacilaciones del juez, de incoherencias del alcalde, de intromisiones del párroco y de otras muchas cosas.

Después circuló el rumor, confirmado más tarde, de que se había fugado de aquel convento una de las monjas encargadas de educar las niñas, sustrayéndose que al salir pidió a los transeúntes que la acompañasen al juzgado, y que un alma caritativa la condujo a la parroquia, a donde fue a buscarla el juez, acompañado del alcalde, para conducirla al hospital, sin explicarse la causa.

Dicen que trátase de echar tierra al asunto. Lo que no creo que consigan los clericales, si realmente ha tenido en el intervención el alcalde de Figueras, señor Boñil, conocido y probado repu-

blicano federal y hombre de espíritu justiciero y carácter enérgico.
Del giro que tome el asunto, daré cuenta a mis lectores.

MAS SERIEDAD

Una señora, doña Belén Sárraga, ha ido a varias poblaciones de España, invitada por republicanos y librepensadores, a celebrar veladas o mitins. Nada tengo que decir de ellas: la llaman, va, pronuncia su discurso y sale para otro punto, cumpliendo así su deber: el de propagar las ideas que profesa. Queda, pues, descartada esa señora, a quien felicitó por lo bien que me han dicho que habla, enviándole de paso mis excusas por no haber podido visitarla cuando en Madrid estuvo.

Pero a ellos, a los que ella han llamado y la llaman, a esos sí que digo:

«No os avergüenza el que tenga que ir una mujer a llenar deberes que son vuestros, a levantar el espíritu librepensador ó republicano? ¿Tan flojos andáis de voluntad y tan desmoralizados de energía, que encomendáis a una hembra el cuidado de remediar lo que corresponde a los varones?»

¿Qué hombres sois, ni qué republicanos, ni qué librepensadores, cuando vais a buscar en las palabras de una mujer lo que debería sobraros, abnegación, si realmente tuviésteis ideas y convicciones?

¡Y si al menos, después de haber llamado y escuchado a esa señora, hiciésteis algo que respondiera a los aplausos que le prodigáis, cual si realmente sus palabras os hubieran despertado a nueva vida, la de acción!

Pero ni eso; todo continúa lo mismo después que esa señora se va. Como republicanos, continuáis divididos; como librepensadores, vais a misa, os casáis por la Iglesia y bautizáis vuestros hijos, (salvo contadísimas y honrosas excepciones); y como hombres, ¡oh! como hombres, no se os tiñe siquiera de rubor el rostro al recordar que la presencia de una mujer en vuestras localidades, para decirlo lo que deberíais saber y excitarlos a realizar lo que deberíais ya haber hecho, equivale a proclamaros mandrias de solemnidad.

Aunque bien mirado, todos los republicanos merecemos ese calificativo; unos por lo que hacen, y otros por lo que dejamos de hacer.

¡Desdichado país, donde nos hemos puesto al mismo diapason de cobardía ó indiferencia, monárquicos, republicanos, aristocratas, clase media, pueblo!... Todos, menos el enemigo que no duerme ni descansa jamás: el clericalismo.

Así ha logrado apoderarse de todo, hasta del ánimo de los más avanzados, que necesitan ya oír la voz de una mujer para sentir un ligero y fugaz sacudimiento revolucionario.

TAREA INÚTIL

Dicen por ahí muchos individuos, bien hallados en el actual estado de cosas, y para quienes el discurrir acerca de algo que se salga de lo vulgar es un lujo fuera del alcance de sus facultades, que profesar ciertas ideas y hacer determinadas propagandas, resulta cursi.

Y habrá que dárles la razón y reconocer que son muy prácticas y conocedoras de la vida real; porque, pensando despacio en la imbecilidad del hombre en general, resulta que poco, ó casi nada, se ha adelantado con tanto hablarle de libertad, de justicia, de cultura, de progreso y de ideales altruistas. ¿Quién hace ya caso de esas bagatelas, viendo que la humanidad marcha de tropiezo en caída, sin hallar el medio de levantarse de una vez para caminar con rectitud y seguridad hacia la meta de su redención moral y material?

Casi nadie: los soñadores, los visionarios.

Los prácticos, los que viven dentro de la realidad, ven las cosas de otro modo y exclaman: «¡Qué necesidad! ¡Qué disparate! ¡Para qué esas luchas! ¡Para qué esos anhelos! El mundo siempre será igual. Siempre habrá ricos y pobres, felices y desgraciados, señores y siervos. Dejemos las cosas como están!»

Quizás estén en lo cierto.

Tengan los pueblos para su régimen social un potente Estado de múltiples y extendidos organismos, regido por un rey a quien auxilien media docena de ministros, que a su vez dispongan de una falange de funcionarios subalternos, de nutrido ejército, de buena porción de magistrados y jueces, de mucha guardia civil y numerosos alguaciles y polizontes, y el orden material estará siempre asegurado.

Tengan para su régimen moral una Iglesia regida por un Papa y gobernada por una legión de cardenales, obispos, canónigos, párrocos, curas y frailes que hagan cumplir un código religioso que preceptúe

los deberes del hombre para con Dios, inculcándole ideas que le hagan mirar como miserables y deleznales las bienandanzas terrenas, que apague todo destello de luz que pueda iluminar la razón, haciendo surgir la duda y con ella el deseo de examinar el fundamento de las verdades que le dan como reveladas, que amortigüe todo sentimiento de altivez ó independencia que pugne con el precepto de humildad y sumisión, y se tendrá asegurada la tranquilidad de las conciencias.

Que un estudiado convencionalismo social, político y religioso, cubra con apariencias honestas todas las desigualdades y abusos, todas las infamias y conculcaciones de la justicia y el derecho, todas las sordideces é hipocresías, y quedará formada una sociedad de personas decentes, donde a nadie se podrá legalmente acusar de explotador, de tirano ni de fanático.

Que los de arriba mantengan sus privilegios y preeminencias, y los de abajo cumplan sin protestas ni rebeldías las obligaciones que se les impongan, y la nación en que todo esto se haga y de tal manera se rija será un modelo de orden.

¡Oh, el orden social, las santas creencias, las seculares instituciones, los derechos adquiridos, los privilegios sancionados!

Eso es lo único que debe subsistir; eso hay que defenderlo a hierro y a fuego...

Y las angustias, los dolores, las vejaciones y las miserias físicas y morales de esa masa enorme de gentes que constituye el pueblo?

¿Quién pregunta por eso?... ¡El pueblo!... ¿Existe acaso como elemento consciente y es tal como quieren pintarlo cuatro pensadores extraviados ó media docena de filántropos y filósofos a quienes reclama imperiosamente el manicomio?

¿Qué es el pueblo? ¿Quién habla de libertades, de mejoramiento, de ilustración para él?

Se fija él mismo acaso en esas vaciedades?

¡Déjesele en su habitual estado de mansedumbre é ignorancia, que así está él muy a gusto, y los que le rijan y explotan también!

¿Qué significa la palabra libertad para los que nacen unidos al yugo de la obediencia ciega? ¿Para qué han de ilustrarse los que no tienen más misión que creer lo que se les quiera decir?

¿Examinar? ¿Discutir? ¿Razonar?

¡Ridículas pretensiones de unos cuantos visionarios que se empeñan en sostener que la humanidad no es un rebaño destinado por inescrutables designios a no seguir otra senda que la que le señale el báculo de sus pastores!

Y en realidad el hombre no hace otra cosa.

Surge en un pueblo una institución política, un estado social y una religión positiva, y hacen un molde a su capricho, y en él, apretándola y estrujándola, meten y encajan a la muchedumbre. Y ésta, que con su fuerza expansiva puede hacerlo saltar, se achica y se encoge para que no la tilden de discol y rebelde.

Como esto viene sucediendo a través de los siglos, es un mal ya crónico é inveterado de la humanidad.

Huelga, pues, toda labor con tendencias a infundir en la conciencia de los pueblos ideales que puedan dar como resultado práctico reivindicaciones redentoras.

Están demás el pensamiento y la inteligencia, la palabra y la pluma.

Tienen razón los escépticos; los pueblos que se habitúan a la vida abyecta de la servidumbre y la ignorancia, no necesitan ideas, ni libros, ni periódicos, ni artículos, ni discursos.

Los que pensamos de otro modo, estamos de sobra.

Somos unos soñadores y unos cursis insostenibles, como ahora se dice.

José CINTORA

Llevó un jornalero a bautizar a la iglesia de San Agustín en Badajoz un hijo suyo.

Le exigió el cura, como acostumbra, por adelantado el importe del bautizo (que es un sacramento, según he oído decir, y que debería, por lo tanto, administrarse gratis, como en otros países católicos, Francia inclusive.)

El jornalero llevaba once reales, que era lo que costaba poner a un niño en condiciones de entrar en el cielo; pero como el párroco ha elevado la tarifa, sin duda por la subida de los cambios, le faltaba un real.

Real que tuvo el pobre que salir a buscar en el acto, porque el humilde pastor de almas se negó a cristianar al niño antes de que se llenase tan indispensable requisito.

Si no encuentra la exorbitante cantidad y el niño muere sin el chapuzón redentor, ¿quién habría sido el culpable de que el pobrecito hubiese dado de cabeza en el Limbo, y por toda una eternidad? El cura.

Aun cuando quien sabe si obrará de ese modo por estar en el secreto de que lo mismo da en estos asuntos, a cuantas que al hombre.

Antaño y ogaño

Olvidarse de lo que se piensa, de lo que se desea, para facilitar la venida de la República, es una antigüalla. La divisa de hoy debe ser esta: «primero yo, luego yo y siempre yo.»

Una antigüalla, sí, propia del pasado,

siglo y de revolucionarios de chicha y nabo como aquel Danton, que hablaba de este modo al ver a su patria invadida y pobre:

«Combatamos al enemigo. ¡Eh! ¡Qué importa ser llamado bebedor de sangre! ¿Qué me importa mi reputación! ¿Sea libre la Francia, y que mi nombre sea deshonrado!»

¿La patria antes que la fama? ¿El honor colectivo antes que el personal? ¿El triunfo de todos antes que el propio? ¡Valiente revolucionario estaba Danton! ¡Y que los franceses le hayan levantado una estatua, precisamente por haber hablado así!

Lo que los pueblos necesitan hoy para salvarse, no son hombres de aquellos, sino de los que dicen: «mis principios me impiden...» «mi programa me veda...» «hasta que mi ilustre jefe me lo ordene...» «la consecuencia de que me envanezca...»

Aun cuando esa consecuencia sea estéril y no sirva siquiera de enseñanza por la insignificancia de los que la proclamaban; aunque el jefe ilustre nunca haya hecho nada digno de mención, y carezca de medios y de influencia para realizarlo; aunque el programa sólo haya servido para dividir, y los principios para tener un pretexto que discursar, ¿qué importa? Lo que hay que salvar en primer término no es la patria, implantando la República, sino el derecho de esos señores a seguir hablando de principios, de program, de jefe... ¿Qué diría la posteridad, (que no tendrá ni la más remota idea de que han existido), si ellos enlodaran el manto armiado de su consecuencia? Se escandalizaría seguramente.

Así, que se mantengan firmes; que no cedan en nada; que no borren ni una letra de ninguno de esos principios que tienen ya de postre hasta los conservadores.

Los caracteres inflexibles son los que salvan las naciones.

¡Ja, ja, ja!

La renta de consumos bajaba en Sevilla en el ramo de alcoholes. En vano los empleados vigilaban y averiguaban. No daban con los defraudadores.

Y cómo habían de dar, si eran gente de Iglesia? Por el husillo que desemboca en el Guadalquivir por el lado de los Espigones, arribaban en lanchas las cuarterolas, provistas de agarraderas, que eran arrastradas hacia adentro, y luego por el jardín del Seminario...

Cada hecho de estos hace más irresistible en mí el noble deseo de trabajar por la moralización del clero... ¡Está tan necesitado de ella!

Un periódico impío de la localidad, *El Balear*, hace investigaciones para ver si la mitra de Sevilla resulta cómplice en el matar (la compli- cidad del silencio, claro es), sin duda con la perversa intención de dar un disgusto al Spínola que allí arzobispa y carlista.

Rezo diariamente un pater noster para que no se salga con la suya, para impedir que pueda decirse de mí:

«A los 19 años y pico de dedicarse a la moralización del clero, no había logrado todavía empujar por sendas de prudencia a todos los obispos.»

Por que esto equivaldría a mi completo fracaso, idea que me horripila.

A callar y á obrar

¿A qué perder el tiempo en divagar y discutir? La cuestión se reduce sencillamente a esto.

¿Contamos con dinero? ¿Tenemos generales ó regimientos? Pues así cumplir con nuestro deber.

¿Carecemos de todo eso? ¿Somos ricos únicamente en frases rimbombantes: «el pueblo está con nosotros», «la monarquía se derrumba», «la revolución llama a las puertas»? Pues a callar entonces, que frases por el estilo a todos nos sobran.

Veinticuatro años de prodigarlas sin resultado nos deben haber convencido de que la revolución no viene porque se la pregone, se la invoque, ó se la llame. Para la revolución hace falta dinero, fusiles, cañones... y el consonante; de esto sospecho que no andaríamos mal, llegado el caso; mas faltándonos lo otro, sólo serviría para ir al sacrificio, muy heroicamente, sí, pero muy neciamente también.

Hay que dejarse, pues, de intransigencias que a nada conducen, y unírnos para que vengan a nosotros los elementos que nos faltan, y que no vendrán, como no han venido hasta ahora, si ven que continuamos desunidos.

Todo lo demás, «nuestro revolucionario partido» «nuestra gloriosa bandera», «nuestro salvador programa» «nuestro ilustre jefe», son frases huecas, sin sentido real. Comencemos a ser serios suprimiéndolas para que los monárquicos no se rían más de nosotros, y dediquémonos a buscar lo que he dicho; pero tan en secreto, tan en silencio, que la monarquía sienta el golpe antes que el amago.

De no obrar así, de continuar con los partiditos, y con los programitas, y con los jefecitos, y con las divisiones de héroes y de cobardes, de hombres de talento y pueblo

ignorante, de revolucionarios y legalistas, renunciemos a ver implantada la República.

Resumiendo:
Hay dinero, fusiles, regimientos y generales. Pues a callar y obrar.

No hay más que palabras de relumbrón desgastadas por el uso. Pues a callar y a unírnos para romper con un pasado de torpezas, debilidades y mamarrachadas.

Esto aconseja Don Buen Sentido, y esto debemos hacer, a menos que hayamos roto definitivamente las relaciones con tan simpático señor.

PÓNGASE EN CLARO

Leo que Menéndez Párrales dijo en el mitin revisionista celebrado el 22 en Zaragoza, «que respetaba la religión, elogiando lo que llamó *fanatismo* de Aragón por la Virgen del Pilar, con cuyo influjo arrollarán los aragoneses esta sociedad corrompida».

No creo que tal dijera. Tiene demasiado talento para comprender que hubiera sido una pitada mayúscula.

Pero si yo me equivoco; si fuera posible que él, un joven de talento, hubiese dicho esa verdadera herejía democrática, yo le aconsejaría que se fuese, no ya con los conservadores, con los carlistas. Cuando se cree que el fanatismo religioso puede ser un factor principal de la política, la lógica y hasta el respeto propio imponen el deber de formar en las hordas de Cucala y Santa Cruz.

Pase lo del respeto a la religión, que ningún democrata siente, si es verdadero democrata, porque no puede respetarse aquello que contradice nuestras creencias más íntimas; y pase, porque se ha puesto en moda hablar de ese respeto, creyendo que así vamos a engañar a nuestros enemigos.

Pero alabar el fanatismo religioso en ninguna de sus manifestaciones. ¡Escupir de ese modo sobre los millares de víctimas que en España ha hecho y está haciendo! ¡Justificar así los horrores de las dos guerras civiles en este siglo, puesto que, si el fanatismo es bueno en sí, no hay manera de condenar los excesos que cometa en nombre de la religión que lo inspira! Esto es inconcebible, y necesito que Párrales declare que lo ha dicho, para creerlo yo.

Ruégoles, en su vista, que confirme o desmienta eso que le han atribuido, no sólo por interés personal, sino por interés del partido republicano. Pues si resultare que en su mayoría es católico, apostólico, romano, no apartaríamos de él los que no lo somos, para no perturbarlo ni en su política ni en sus oraciones; mas si resultare lo contrario, esto es, que están en minoría los que de tal modo piensan, estudiaríamos el medio de prescindir de ellos, ya que, éste cargando con un pendón (¡qué par!) en las procesiones, aquel colocando una medalla carlista a su puerta, uno llevando sus hijos a los frailes, otro poniendo el fanatismo religioso a más altura que la idea del deber, todos trabajan para don Carlos desde nuestro campo.

Y creer que se tiene el enemigo enfrente y encontrárselo al lado, es perder por completo la idea de triunfar, es estar vendido siempre y traicionado.

Las Teresianas de Salamanca compran un objeto de 25 pesetas, y reparten entre las veintidós celadoras a 2.200 papeletas, que, a 45 céntimos, resultan unas 330 pesetas. Total: 300 y pico de pesetas de utilidad con un capital de 25.

Que aprendan a ganar dinero esas desventuradas que trabajan doce o catorce horas al día por dos pesetas, y que acaso no vayan algunos domingos a misa por no tener ropa presentable.

Para ganar dinero, no hay como preparar redes místicas a los besugos del clericalismo.

MENDIGOS

Con dificultad pudiera citarse una capital europea en la que funcionen más instituciones benéficas que en Madrid. Todos los nombres que es capaz de sugerir la filantropía planificada, han sido aplicados por nosotros a la caridad reglamentada. *Asociación del Periplo Socorro, Amigos de los Pobres, Hermanos de los Desgraciados, La Caridad Vencedora, Las Almas Cristianas, et sic de ceteris*. Utilidad de todo eso? Ninguna; a menos de que no se entienda por tal la difusión de la holgazanería, la propaganda del vagabundaje y el estímulo al alcoholismo. Esas limosnas aparatosas en que se resuelve la poquedad burguesa, fielmente asistida por la gente de sotana, no remedian nada ni favorecen la rehabilitación social de nadie. Por eso la mendicidad es endémica en España, con sus derivados la suscripción y el beneficio de gran espectáculo.

Para el fin moral es más provechosa la negativa que la dádiva. Los socialistas, que trabajan con honradez por la dignificación humana, son adversarios decididos de la limosna. Engels y Henry George han consagrado luminosas páginas a vituperar esa variedad del parasitismo.

En países de tradición clerical muy arraigada, sobrevive la mendicidad a todos los empujes del progreso. La soga nauseabunda de los conventos ha determinado en nosotros una afición resuelta a la holgazanería.

Para comprobar lo dicho, basta con fijarse en que las cuatro quintas partes de los mendigos entran en la extensa categoría de los inútiles, de los que, por inveterada flojedad, no se acomodan a ningún trabajo. Cualquier procedimiento, por duro que parezca, es bueno para reducir la mendicidad. Sería preferible, sin embargo, a ninguna otra fórmula, que el público se habituase a negar la limosna callejera. La condescendencia sentimental de los que desparraman diariamente unos cobres entre las manos de los pobres, es negativa. Y eso mismo puede decirse de las Asociaciones *El Angel Protector, El Amigo de los Pobres* y el *Hermano de los Desvalidos*.

Consuela pensar, después de todo, que semejantes lacerias sociales se derivan de una caridad interior. La caridad buena, la definitiva, está, antes que en los corazones, en las conciencias. Y esa caridad, que no encuentra hoy por hoy un clima moral favorable, no se resuelve jamás en dádivas de cobres y de productos averiados...

LORENA

Y NOSOTROS, SIN NOVEDAD

A la suspensión de garantías en la provincia de Bilbao, ha seguido la de la provincia de Barcelona.

Ha sido prohibido el mitin que las Cámaras de Comercio iban a celebrar en Granada.

Las denuncias de periódicos mendeables.

En suma, que se va poniendo la cosa en punto de caramelo.

«¡Qué lástima que los republicanos estén como están!», se oye decir a todas las personas que no viven del presupuesto. «Ninguna ocasión mejor que ésta para variar de régimen con muy poco esfuerzo».

Verdad es. Pero no hay medio de llegar a un acuerdo. Somos todos tan inflexibles, tan consecuentes, tan enteros, que cada uno exclamamos para nuestro capote: «Perezca todo, antes que ceder ni en una letra de lo que siempre he sostenido».

«¡Qué patriotas y qué abnegados! La posteridad se hará lenguas de nosotros, y la historia nos dará el merecido calificativo de ¡Mamarrachos!»

NUESTROS PRESIDIOS

El hambre en el penal de Valladolid era tan grande, que todo lo que caía al suelo, lo que se derramaba al repartirse el rancho, las cáscaras de naranjas y otras frutas, las coqueas de queso, todo lo que en muchas partes hubiera sido despreciado por los animales, era devorado por los reclusos. En fin, muchos deseaban que les tocara ir a pelar patatas por comérselas crudas, y me decían que estaban muy buenas.

La cantidad de garbanzos que les dan a cada uno en el rancho rara vez pasará de media docena, y aunque dos días a la semana deben dar carne, es tan poca la que llega hasta el preso, que la que viene para veinticinco la toman una cada día, alternativamente; de modo que sólo una vez cada tres meses pueden probarla.

El que no recibía algún socorro de su casa o gane alguna cosa en los talleres, tiene que perecer sin remedio.

El desprecio a la higiene llega hasta lo imposible; a nadie se le obliga a lavarse, ni se encuentra lugar destinado a ello; hay criatura que no se moja más que cuando llueve, y, sin embargo, las camas están tan unidas, que sólo se puede entrar en ella por los pies; y mientras que las personas están peor alojadas que los brutos, hay otros locales desocupados, donde no duerme nadie.

Al preguntar la causa de semejante anomalía, me dijeron que era por ahorrar el aceite.

Con semejante sistema de alojamiento y con una falta de aseo tan completa, bien puede decirse que nadie está libre de parásitos, y algunos se ven devorados por ellos.

La ropa de los muertos y la de los que salen en libertad, cuejadas, ya no sólo de piojos, que esto sería lo de menos, sino de microbios, como el de la tisis, que llevan la muerte consigo, se le da al primero que llega; y tan es así, que más de una vez he oído decir: «esa es la chaqueta de Filiano, que murió hace dos meses».

Para que le den ropa nueva se necesita que traiga mucha condena, ó que sea algún recomendado.

Con el calor que se pierde en el taller de herrería podría, en una estufa, desinfectarse, al menos, lo que procede de la enfermería. Pero ¿quién piensa en eso?

Las escuelas son más nominales que efectivas, y muy pocos son los que sacan de ellas algún provecho. No hay biblioteca; y las gramáticas, los diccionarios y libros de instrucción eran en Valladolid perseguidos de muerte.

La mayoría de los que trabajan en talleres no pasa de cinco a seis pesetas al mes, y alguno algo menos; como los tiranillos en el taller de herrería, que tenían diez céntimos de jornal. ¡Cuántos infelices de esos he visto dejar allí sus huesos!

¿Y qué diremos de la parte moral? La sodomía está elevada en el presidio a la categoría de institución, siendo, como el juego, una de las principales fuentes de ingreso para los cabos, que cobran, por lo que ellos llaman casamientos, con la misma formalidad que si fueran empleados de aduanas ó de consumos. Esto es odioso, bajo, vil y repugnante; pero, desgraciadamente, verdadero.

Por lo dicho respecto a la enfermería de la cárcel, podrá juzgarse lo que será la del presidio; he visto a un epiléptico, que estaba casi imbécil, darle, por orden del médico, un purgante por la mañana, y por la del encargado de la enfermería (que al fin murió en ella, y era un histérico que sentía verdadero horror por los pobres y los desgraciados) un baño frío, que se daba poniendo un enfermo desnudo en medio de la sala, y mientras un enfermero ó dos lo sujetaban, otro, provisto de una escoba de mano, de palma, y un cubo de agua fría, lavaba al infeliz como si fuera un madero. No digo un animal, porque no creo que en ninguna parte se empleen escobas de palma para

tal objeto. Al día siguiente, como era de esperar, el enfermo había muerto. Dios se había acordado de él, como diría un cristiano.

No era la primera vez que yo veía cosa semejante: ya había presenciado lavar de esa manera diez ó doce veces lo menos a un pobre viejo catolán, ciego y atacado de enteritis, que aunque al principio agudo, no tardó, con tan racional tratamiento, en hacerse curia y producir la muerte; pero su naturaleza hierro luchó con una energía extraordinaria, durando unos tres meses los sufrimientos de la víctima infortunada.

He visto... pero, ¿qué sé seguir? ¡Acaso no he dicho ya lo bastante para que todos puedan formarse idea de cuál es la suerte del preso en la prisión?

Lo que no he visto nunca es a una de esas personas que pertenecen a las Juntas de prisiones venir a preguntarle a los presos cómo se encuentran, qué necesitan, en qué se les puede favorecer; eso no lo ha hecho nadie.

Dos veces al año, el presidente de la Audiencia, acompañado de los magistrados, pasa una revista, en la que, como es de presumir, nadie se atreve a chistar, y desgraciado del que lo hiciera. Y como la comunicación del preso con su familia es en público, y la correspondencia está interrumpida, éste se encuentra como en un desierto, sin poder manifestar a nadie lo que le pasa y sin tener quién le defienda.

Ya creo haber expuesto, si no todo lo que puede decirse de las prisiones, al menos lo bastante para que se pueda apreciar su maléfico influjo, y comprender la necesidad de reemplazar este sistema bárbaro y cruel por uno racional y humano, en el cual no fuera necesario que algunos perdieran, como en éste, lo que el hombre debe apreciar más que la vida: la dignidad. Entonces la mortalidad, que hoy se acerca a la aterradora cifra de 40 por 100, descendería a su nivel natural, y la prisión no sería un medio vergonzoso de deshacerse, a la sombra y entre sus muros, de aquellos que la sociedad no ha tenido el valor de asesinar a la luz del día en la plaza pública.

FERNÁN SALVOCHEA

¡OH, LA MORALIDAD!

Un tren destrozó en Segovia un carruaje particular al cruzar un paso nivel, muriendo de sus resultados el señor Avial y saliendo heridas otras personas; se formó proceso, y al celebrarse ahora el juicio por jurados, uno de éstos dijo que habían tratado de comprarle, como habían hecho con otros, para que la Compañía del Norte quedase bien.

La del Norte! Esa Compañía que trata a los empleados como a negros, que impide la venta en las estaciones de los periódicos liberales y expende libros de bisutería piadosa en sus librerías, compañía de que es árbitra la de Jesús por conducto del Comillas, ¿tiene personas que compran a los jurados, para que fallen en favor suyo, aunque la ley quede pisoteada y la justicia por los suelos? Está en carácter; no puede negarse.

Al enterarse Maura, que actuaba como abogado de una de las partes, de la afirmación del jurado que denunció el cohecho, exclamó: «¡Este es un país imposible!»

¡Pero qué! ¿Ha tenido que ver eso el señor Maura para saberlo? ¿Qué ha sido la restauración, sino un cohecho continuado? ¿De qué otra manera que de esa, comprando conciencias, se han arreglado todos los asuntos? Unas veces con dinero, otras con destinos, cuando no se podía emplear la amenaza, ¿no se han resuelto las cuestiones personales y las de empresa? Por haber ejemplos de esto en todas las esferas ¿no los ha habido hasta en la de la administración de justicia?

No lamentaré, sino que me alegraré mucho, de que sean condenados a presidio los que hayan repartido ó tomado dinero por salvar a la Compañía del Norte; pero ¡ay! no será completa mi alegría, porque recordaré que deberían haber ingresado en presidio antes que esos jurados provaricadores, el noventa por ciento de los españoles que dentro de la restauración han ejercido cargos que se prestaban a la compra y venta de servicios y favores. ¡Pero qué hacerle! No hay dicha completa en el mundo.

Un consuelo quiero anticiparle a los que puedan resultar culpables (que quizás no resulten), y condenados (lo que es más difícil aún): el de que no se arrepientan de lo que han hecho, sino por las contrariedades que les resulten al verse en presidio por un delito que tantos cometieron en España impunemente, y merced al cual ganaron fortuna, y por lo tanto consideración, y por lo tanto poderío; arrepiéntanse, a lo sumo, de la torpeza con que cometieron su delito. Porque realmente, y dados los tiempos, el delito es éste, no aquel.

DEFRAUDACIÓN

El *Combate*, valiente periódico republicano que ha comenzado a publicarse en Oviedo, demuestra en un artículo que el obispo de aquella diócesis, P. Vigil, es defraudador de la Hacienda, porque hace unos nueve años tiene un carruaje de lujo con dos caballos, por el que debiera satisfacer anualmente al Tesoro 55 pesetas, y está por la primera que haya pagado.

Y para que se vea con cuanto fundamento dice eso, copia este artículo de la ley: «Defraudación y penalidad.

Artículo 35.

Son defraudadores de la Hacienda:

2.º Los que no presenten la oportuna declaración de alta dentro de los cinco días siguientes al en que adquiera un carruaje de lujo ó cometan en ella alguna inexactitud ó falsedad.»

La cosa está bien clara y terminante; pero ¿qué que no cumplen con su deber ni el Investigador ni el Delegado de Hacienda? Trátase de una defraudación realizada por un infeliz obrero, y le habrían embargado ya hasta la respiración.

Por estas cosas y otras como estas, me sonrío cada vez que oigo decir que podemos regenerarnos sin hacer antes una de población bárbara.

Mañas clericales

En diferentes ocasiones había recibido el gobernador civil de la provincia de Castellón, anónimos excitándole a poner coto a las llamadas por los neos, demasías de los librepensadores.

Con motivo del mitin últimamente celebrado en aquella capital, recibí otro en que se le insultaba groseramente; y habiéndole llamado la atención la letra y cotejándola con la firma del que autorizaba como director los números del periódico ultramontano *La Verdad*, encontré entre aquellos y ésta singular parecido.

Llamados a informar dos peritos calígrafos, dictaminaron ser idéntica la letra de los anónimos y firmas cotejadas; visto lo cual, el gobernador remitió al Juzgado el periódico firmado, el anónimo y el dictamen pericial, para que procediera por injuria y calumnias.

El presunto delincuente es don Juan Bautista Martínez, coadjutor de la iglesia parroquial, y muy conocido por su intransigencia religiosa.

Discurriendo sobre esto, dice una persona muy competente en asuntos religiosos y gran conocedora del personal eclesiástico:

«En la regiones clericales el anónimo es moneda corriente y arma que se usa con gran frecuencia. Ese mundo tenebroso de los neos y fanáticos profesa cuanto al honor ideas especialísimas, y una moral casuística muy acomodaticia para cohonestar las mayores infamias.

La teoría de Maquiavelo, el fin justifica los medios, se enuncia entre esas gentes negras de esta manera: «todo para el triunfo de la religión, y para evitarle el desprestigio».

En todas las secretarías episcopales se reciben a diario anónimos escritos con la más perversa intención. Los obispos siempre hallan en su correspondencia dos ó tres cartas sin firma.

Nada más frecuente en las iglesias que hallar anónimos arrojados en los confesionarios, en los rincones, bajo la estera, y hasta en los cepillos. Son curas que se dirigen al párroco y rector despreciando a sus compañeros, ó beatos y cofrades que pretenden dñar a los curas, al sacristán ó a otros beatos, son rivales, aborrecidos en el Sagrado Corazón y en las entrañas de María Santísima. Esta gente que confiesa y comulga con tanta frecuencia, es terrible en sus odios.

En los conventos, el prior ha de leer un par de anónimos diarios. Los jesuitas son una especialidad en esta industria. La juventud de sus colegios practica la soplonería con asombrosa perfección y el anónimo con todos los refinamientos de la más perversa cautela.

Se puede afirmar que donde quiera que dirigen la vida frailes, monjas ó curas, el anónimo es un elemento indispensable.

Esto proviene de la moral casuística del clericalismo, basada en la delación que canoniza y encomia. El hijo católico denunciador de su padre hereje, el amigo que delata a su amigo por el bien de la Iglesia, son personas beneméritas comparables con los mártires, pues, como ellos, sacrifican hasta las más fuertes afecciones en aras de la religión.

Las teorías humanas sobre este punto, las prácticas sociales, las leyes del honor y la delicadeza, esa aversión instintiva al delator, al policía y al verdugo, son cosas heréticas, mundanas y criminales en el mundo clerical y monástico, donde no cabe nada de eso, y una de las máximas sagradas es que la amistad causa enorme ruina espiritual y continua perturbación en las sociedades religiosas. Hasta Santa Teresa, a pesar de su gran talento é independencia de carácter, se pronuncia en este sentido.

Ni una palabra hay en los libros de moral sobre el pundonor, la amistad y la delicadeza; pero los capítulos sobre la delación y la denuncia ocupan muchas páginas.

El clérigo sale del seminario acostumbrado a la soplonería y al anónimo por espacio de muchos años, y... es claro, imposible que luego en la vida de la sociedad no proceda como le enseñaron durante su juventud.

La moraleja que de este hecho indudable y diez mil veces probado se deduce, es que nuestro clero, tal como se halla constituido y formado en esos principios de una moral anticristiana y rufianesca, no puede, no debe dirigir la enseñanza ni informar a la sociedad, porque en vez de hombres y mujeres sólo puede crear mojigatos, comulgadores llenos de odio, egoístas, bajos, cobardes, estetas... soplones como ese cura de Castellón de la Plana».

Por algo he repetido tantas veces: El neo es el animal que menos se parece al hombre.

Más sobre las Suegras

Continúa *L'Aurore* de París su honrada campaña contra los horrores que perpetran las Hermanas de la Caridad en Francia. He aquí el relato que hace del viaje de uno de los inspectores encargados por el gobierno francés de hacer cumplir las reglas relativas al trabajo de los niños:

«La madre superiora fué a recibir al inspector, acompañándole en su visita a las habitaciones del convento. En todas ellas tuvo ocasiones de apreciar una desconsoladora suciedad.

Acá, allá y acullá, encontró miserables ancianos, llevando por todo vestido piñajos indecentes y con costras de mugre en el rostro. Pero el espectáculo inolvidable que se ofreció a sus ojos fué el siguiente:

La superiora abrió una puerta. El inspector vió un patio de unos pocos metros cuadrados, en el centro del cual se abría un agujero redondo. En este agujero se revolvía una espantosa forma humana. Era un infeliz loco, ciego y con los vestidos desgarrados y el rostro agrio y marchito. A golpes de poderosa barra construía una especie de lira de madera blanca; sus dedos se aferraban a aquel instrumento mientras dirigía sus ojos apagados hacia el cielo. El era quien a fuerza de dar vueltas por el mismo sitio había abierto aquel agujero, donde se revolvía entre el lodo é inmundicias.

Al lado de él, a lo largo del muro, cuyas piedras rezaban un líquido viscoso y mal oliente, hallábase un idiota sentado sobre una silla desvencijada, pudriéndose en sus propios excrementos. En los rincones veíase a otros desgraciados sujetos con fuertes ligaduras, fosca la cara y sal-

picados de todo el cuerpo y los haraposos vestidos, y en medio de este infierno, en esas inmundicias, estaba encerrado un niño de seis años. El pobre-cillo iba y venía de uno a otro de sus extraños compañeros, mendigando una caricia, entregándose a infantiles juegos. No debía el desgraciado llevar allí más que algunos días, porque, si bien estaba sucio, no parecía haber padecido mucho.

El inspector, cuya conciencia se sublevó ante tamañas iniquidades, apostrofó a la superiora.

«¿Cómo se explica, señora, que tengan ustedes aquí este niño?

La monja se encogió de hombros y le interrumpió diciendo:

«¡Bah! No haga usted caso; es un hijo natural. Se lo habían entregado, y ¿qué fin pudo encerrarlo allí si no era para hacerlo desaparecer? Inmediatamente el inspector pidió el auxilio de los gendarmes, los cuales sacaron de aquelantro a viva fuerza a la inocente criatura, llevándola al Hospicio. ¡A pesar de estos horrores, no pudo proceder al cierre de aquella horrible mansión!»

El mismo periódico publica la siguiente carta, de una joven residente en París:

«Desde la edad de trece años he permanecido encerrada en uno de esos orfanatos. Salí de allí a los dieciocho, sin ningún recurso, siendo explotada aún después de haber salido del convento. Gracias a mi energía, a mi fuerza de voluntad, he logrado evitar lo que les acostumbra ocurrir a mis compañeras de desgracia.

En cuanto a mi vida en el convento, héla ahí: Un trabajo excesivo bestial; palizas por una nada, bajo el más fútil pretexto. Un día una de esas buenas hermanas me clavó todo lo que pudo una aguja en los cabellos, golpeándome la cabeza. Hay un portmóvil que nunca olvidaré: el día de mi ingreso una hermana, cogiendo mis largas trenzas, dijo a otra monja: «¡Aquí sí que tendremos donde agarrarnos!» La superiora tenía un perro, y cuando nos pegaba con su rebenque hacia que a la vez el can nos mordiese. Un día, en mitad del invierno, dos hermanas me ataron a un poste en medio del patio, arriándome un pie de paliza tan bestial, que la sangre corrió por mi rostro, congelándose a causa de lo crudo de la temperatura.

Me pegaron también muchas veces por no haberme querido confesar. ¡Ah! ¡si todas las muchachas que han sufrido bajo el yugo de aquellas arañas se atreviesen a contarles sus sufrimientos! Pero la mayoría no se atreven a hablar, y yo misma les agradeceré que no publiquen mi nombre, pues, de hacerlo, me harían perder mi clientela, que se compone en gran parte de gente devota.»

Terrible es todo eso; mas no se den los franceses importancia creyendo que poseen las Hermanas de la Caridad más crueles del orbe católico, que pronto se convencerán de que las nuestras les dan quinientos y raya. Nos ganarán en industria, ilustración, bienestar, etc., etc., pero en hermanitas de pelo en pecho! ¡Oh! En esto no.

Y ya se irán enterando.

Dice *El País* que el obispo de Córdoba, un tal Pozuelo, sigue atacando la memoria de Castelar, añadiendo que sabe su historia, y hasta el dinero que trajo de la diócesis de Canarias: «ciento millones de pesetas en monedas de oro!»

«Y en verdad que no acertamos, continúa, cómo se puede ahorrar esta enorme suma en pocos ni muchos años de episcopado, aun produciendo este cargo lo que produce, dada la estrecha obligación en los obispos de no ahorrar y dar a los pobres y a la Iglesia el sobranante de su decoroso sustento.»

¡Pero de qué buen humor estaba el que escribió eso! Porque es el colmo de la broma el decir que los obispos no deben ahorrar ni acaparar. Casi todos los que mueren dejan millones de firme a su parentela, ó personas a quienes quisieron en vida.

Aunque quede así desmentida la doctrina del que no tenía ni una piedra donde reclinarse su cabeza.

EL SOCIALISMO DE LOS JESUITAS

Después de haber hecho suyo el campo en Francia, pretende la muy ruin Compañía de Jesús, sin perder momento, conquistar el taller, la fábrica y la mina hispanos, y para lograrlo, hubo de lanzar, no ha mucho, sus energúmenos predicadores a decir a los obreros que el capitalismo es la peor de las infamias, y el liberalismo la plaga más destructora, entre otras razones, por haber suprimido la soga de los conventos.

Veamos ahora lo que sería en humanismo el gobierno del mundo a merced de los monstruosos hijos de Loyola, por lo que fué en el muy desventurado Paraguay:

«El látigo era en el Paraguay el principal elemento de gobierno. Los buenos padres castigaban a los hombres en público y a las mujeres en privado; el confesionario completaba este sistema patriarcal de policía. Los paraguayos debían confesarse una vez por semana, y cuando habían vaciado su conciencia, el confesor les daba una azoñina para que entrase la contrición más profundamente en su espíritu. El paciente debía llevar el instrumento para su corrección, poner en tierra su rodilla y besar respetuosamente la mano del ejecutor.» Y antes de este párrafo pone su ilustrado autor este otro: «Sus forzados no poseían sino su chozil y un haz de paja para dormir; su trabajo pertenecía de pleno derecho a los jesuitas que les daban en cambio una escudilla de sopa de maíz por día y un delantal de algodón para calzar su pudor.»

Este régimen malvado hubo de durar doscientos años que prepararon el campo que tan a maravilla espigaron los villas tiranuelos. Francia y los dos López y esa huella ruin, aún tiene en nuestros días sumido a ese infeliz pueblo en un incurable alacamiento.

J. DE LA HERMIDA

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

El 30 de Septiembre, víspera de la salida de Fernando VII de Cádiz, llamó a los ministros y les dijo que no quería partir sin tranquilizar a los liberales, sin darles seguridades de que no se volvería al despotismo, que él aborrecía como ninguno; y con arreglo a sus instrucciones extendió el ministro de Gracia y Justicia, Calatrava, un manifiesto que aún pareció poco explícito y poco liberal al rey, y tomando la pluma emendó algunas frases que le parecían oscuras, diciendo: «casi no debe quedar duda de mis intenciones».

Al día siguiente la ciudad de Cádiz se engalanó para despedir en medio del mayor entusiasmo al rey liberal, que se dirigía al puerto de Santa María.

Al poner el pie en tierra dijo Fernando VII al capitán de la flota real, el valiente marino liberal don Cayetano Valdés: «Valdés, de lo que dije ayer no hay nada. Y nada quedó».

Aguardándole en el Puerto los duques de Angulema y del Infantado, el conde de San Carlos y el general Ballesteros, el traidor a los liberales. Celebró una larga conferencia con el conde, representante del partido apostólico, y en ella se acordó el decreto de 1.º de Octubre, que probablemente llevaría aquel ya extendido. Así aprovechó el Desdado su primer momento de libertad. Por el primer artículo del decreto anulaba todos los actos del gobierno llamado constitucional desde el 7 de Marzo de 1820 hasta aquel instante; por el segundo aprobó todo lo decretado por la junta provisional de gobierno y por la regencia del reino.

Este decreto echó por tierra las pocas esperanzas de los que esperaban de la mediación de Francia, a la que tanto debía el rescatado monarca, alguna reforma en el orden político, y respeto y consideración para los vencidos; pero los deseos del gobierno francés, las palabras en sentido reparador pronunciado el generalísimo de su ejército y las disposiciones dictadas por éste en Andalucía para salvar a los caídos del furor de sus perseguidores, sólo sirvieron para aumentar los horrores de la reacción.

Lo mismo en las ciudades que en las aldeas mandaba despoñadamente el vil populacho, que recordaba las calles victoreando las cadenas y dando nuevas a la nación, insultando, atropellando y asesinando a los liberales, que escondidos en cuevas o en pajares, o encerrados en las cárceles, tenían que cada instante fuese el último de su vida. Unos eran paseados y azotados públicamente encima de un pollino vestido de verde, para irritación del color adoptado por los liberales; otros bebían en medio de la plaza y sobre un tablado el emético que les daban para arrear la Constitución; a no pocos les metían gruesas nueces por la garganta para hacerles tragar el absolutismo, y a todos en fin se les mortificaba de cuantos modos puede inventar el furor popular, azizado por el clero, que desde lo alto del pulpito predicaba la matanza y exterminio de los liberales hasta la quinta generación. Ni el sexo ni edad hallaban misericordia.

Pero en medio de esta persecución, de la que no se libró ni un sólo liberal, ninguno más desdichado que los nacionales y militares que regresaban a sus casas trocado el fusil por el bastón del viandante y el vistoso uniforme por el improvisado y mezquino traje de paisano. Prefiriendo las sendas más ásperas para evitar los pueblos donde eran esperados con afán por el bárbaro deseo de maltratar a tan desgraciados valientes, les era forzoso, sin embargo, penetrar de noche en ellos, más que para satisfacer el hambre, para visar el pasaporte, que lejos de ser salvo-conduto, era su verdicción; y eran tan horribles las noches, que contaban por feliz aquella que pasaban en la cárcel, donde algún humano alcalde los encerraba para librarlos de los bárbaros atropellos que les esperaban. Ninguno se libró de ellos al pasar por Córdoba, donde había una partida llamada de la porra, acudida y enardecida por una señora de la nobleza. Y cuando superando tantos peligros llegaban con el cuerpo magullado y el corazón lleno de ira a las cercanías de Madrid, ¡cuántos insultos y golpes, cuántos riesgos esperaban a aquellos nacionales que defendieron el orden a costa de su vida y que representaban lo más culto, lo más digno y lo más honrado de la Corte! Ninguno pasaba impunemente el puente de Toledo, donde se apostaban los manolos armados de palos y navajas y ávidos de sangre y de matanza. ¡Cuántos, en el término de su angustioso viaje, hallaron el de su vida!

Desde que Fernando VII recobró su libertad, no dió un paso que no sirviese para encender las iras populares.

Apenas se había separado de don Cayetano Valdés, lo condenó a muerte, como a los demás individuos que compusieron la regencia de Sevilla; disolvió en seguida la compañía de alabarderos, modelo de lealtad y disciplina; prohibió que se encontrasen a cinco leguas en su camino ni entraran jamás en la Corte y sitios reales, ni en el radio de 15 leguas, los que habían servido al gobierno constitucional, proscribiendo así a más de cien mil personas; mandó celebrar una función de desagravio al Santísimo Sacramento en todos los pueblos de España, corroborando así la opinión de que los liberales eran enemigos de Dios; creó una Junta que examinase y calificase todas las obras elementales, con lo que antes de entrar en la Corte, la regencia que gobernaba en su nombre y el partido apostólico adquirieron entera seguridad de que el rey cerraría los oídos a las prudentes amonestaciones de los franceses y sólo los tendría abiertos para oír consejos de exterminio y de venganza.

No habían andado remisos en ella los que a la sazón gobernaban en Madrid. Ya habían dado un decreto de muerte contra diputados y ministros, ya habían excitado a los más encumbrados realistas a que hicieran una exposición pidiendo el restablecimiento de la Inquisición, y por cierto que entre los firmantes se ve el nombre del general Castaños; ya habían organizado la sociedad El Ángel Exterminador que tan bien supo corresponder a su título; ya habían hecho, en fin, cuanto puede sugerir el más rabioso celo para borrar la huella de los tres últimos años, para suprimirlos, si era posible; que a tanto llegó la saña de los realistas, que un magistrado se atrevió a decir: «En los tres años llamados años».

Lo poco que le quedaba hacer a Fernando VII a su llegada a la Corte, lo hizo en seguida anulando los cursos y títulos académicos ganados en los años de gobierno constitucional, arrojando a los liberales de todos los destinos, perseguidos vivamente hasta en sus más inocentes pasatiempos, llegando a ser mirado y maltratado como sospechoso el que se dejaba crecer el pelo o la barba, prohibiendo de real orden algunas prendas de vestir, entre ellas la gorra llamada cachucha, y llevando a la muerte a centenares de inocentes por liberos motivos.

A tanto llegó el encono, la crueldad y la reacción, que causó espanto a la Santa Alianza y en nombre de ella trabajó, aunque inútilmente, el conde Pozzo di Borgo para hacer oír a Fernando VII la voz de la ciencia, consiguiendo tan sólo la separación del ministro y confesor Saez, lo cual disgustó a los apóstólicos y les impulsó a buscar la alianza del infante don Carlos.

(Continuará.)

En el mitin celebrado en Sueca por Blasco Ibáñez, Rodrigo Soriano y otros republicanos, trataron también los clericales de meter una de las cuatro que usan para santiguarse, a los gritos de ¡Viva Jesús crucificado! ¡qué brutos! pero les salió mal la cuenta.

Cansados los republicanos de reirse al oír sus gritos y ver sus cabriolas místico-asnales, trataron de que cesaran; mas ¡cualquiera detiene a un clerical cuando comienza a echar bendiciones con el cuarto trasero!

Siguieron en su tarea, y entonces unos cuantos de los nuestros cruzaron el costillar y acariciaron el hocico a un par de ellos, y ¡para qué querían sus patitas!, salieron todos a galope tendido enseñando las herraduras, y no parando hasta dar cada uno de cabeza en su respectivo pesebre.

El Señor haga que tengan en ellos paja en abundancia, ya que hasta de comer cebada son indignos.

UNA CARTA

Señor don José Nakens.

Muy señor mío: Desde hace algunos años vengo leyendo con el mayor gusto El Motín y no puedo menos de admirar su energía en combatir toda la serie de aves de rapina y bestiales corruillas que nos quieren poner a la altura de los zultis. Me ha chocado particularmente el artículo que publica en su último número, referente al Tío del saco.

Yo comprendo que en España hay mucha barbarie (fanatismo) y que esto influye mucho prestando al hombre al salvajismo. Pero eso de que el de los piojos pase por un Redentor!... Francamente, yo le crucificaba. ¿No habría medio de probar su poder sobrenatural, administrándole una soberbia paliza? Esto después de haberle quitado de encima la plaza que le infesta, no fuera a llenar a sus ejecutores. ¡Mire usted que dividirse en dos el río, para que el nuevo introductor de parásitos pasara a la opuesta orilla a poblar a los infelices habitantes con su inmundicia carga! ¿No le parece a usted más lógico que dicho tío se hubiera metido en medio del agua y allí se hubiera peinado?

Y con qué júbilo no habrán anunciado los «son-tan» a sus «parroquianos» de tal o cual pueblo la llegada del nuevo Redentor! En premio de ello les obligaba ya a dormir con el «piojoso» a ver si les inyectaba los milagros en la sangre algún que otro piojín fugitivo!

¡Ya ya! a despedirme de usted, pero vengo de leer lo ocurrido en la Estación de Villareal al paso del tren que conducía al señor Blasco Ibáñez, y no puedo menos de conceder distintivo de «bestias mayores» a todo el rebaño que se desmanó de aquel pueblo y fué a balar o cocear a la estación.

Al furibundo enlatado del tonel y a sus secueles los pastores del rebaño (léase directores espirituales) propongo que se les pongan grilletes y se les envíe a Contá... ¿No mediaría en la cuestión el «chambre de los miles de piojos»?

Perdóneme tanta libertad, señor Nakens, y sírvase aceptar la expresión de mi más sincera simpatía por su energía en la cuestión anti fanática. De usted afecio. S. S. G. B. S. M.

UN CORRELIGIONARIO

Palencia 18 Octubre 1899.
Blen por su artículo contra los republicanos faciosos de ésta.

El primer teniente alcalde de Toledo, que es además director del Instituto, exigió del gobernador civil que unos guardias de orden público fuesen declarados cesantes, por haberle faltado al respeto.

Y dónde crearán mis lectores que dice que le faltaron? En una casa de prostitución, a altas horas de la noche, donde el concejal, neo hasta la médula é intransigente en cosas de religión y moral, estaba sin duda encomendándose a Dios.

El gobernador se niega a destituir a los guardias, el municipio apoya al gobernador, y el neo libidinoso echa mano de todas sus influencias clericales para salirse con la suya.

No hay gentes de más desparramo y menos aprensión que los neos. Creen que, oyendo misa y confesando, pueden permitir todos los vicios y todas las malas acciones.

Verdad es que si no fuera por estas ventajas, ninguno confesaría ni oír misa. Porque, como creer, no creen en nada los mal-ditos. Ni siquiera en que son unos miserables, a pesar de que esto es ya artículo de fe entre las personas decentes.

Ni leyes ni justicia

¿Pero qué país es este? Apenas pasa día sin que ocurra algo que se tendría por ilegal hasta en el Riff.

A eso de las ocho de la noche del día 16 del actual se presentó una pareja de la guardia civil en dos casas del pueblo de Rindecols, arrebatando a sus familias dos niños de 9 a 10 años de edad.

Conducidos al cuartel, encerraron a cada uno en una habitación, y el cabo del puesto los conminó, amenazándoles, a que confesaran que habían echado dos piedras dentro de una casa. Negaron los niños, y fueron atados y conducidos a la cárcel, permaneciendo en ella hasta la mañana del 17 en que se averiguó que no habían sido ellos los que arrojaron las piedras.

¿Toleran esto las autoridades, lo mismo gubernativas, que judiciales, que militares?

Pues vengan Portas, Botas, Flaminios, Doroteos y demás martirizadores de cuerpos, y aplique cada uno su sistema; que nadie se meterá con ellos.

País donde puede llevarse impunemente a la cárcel a dos niños, de noche y por sospechas que a las pocas horas se desvanecen, está preparado para soportar todas las tiranías y todas las degradaciones.

Va muy adelantada la beatificación del P. Claret. Será calificado de venerable.

Lo siento por los demás santos. Como no los conocemos, vamos a creer los no creyentes que eran como Claret, y que, por lo tanto, no deberían estar en los altares.

Los gremios y la moralidad

La publicidad que suele darse al resultado de las visitas de inspección hechas por las autoridades a los establecimientos en que se expendan substancias alimenticias, no produce resultados benéficos para el público. Ni aun el miedo al escándalo contiene a muchos industriales en la penible costumbre de adulterar, a expensas de la salud pública, los géneros que ponen a la venta. En toda clase de establecimientos (aunque, afortunadamente, no en todos los de esta clase) halla siempre motivos de denuncia el visitador municipal que los examina. No sabemos que, hasta hoy, los gremios hayan mostrado interés en que el descrédito que recae sobre la persona de un expendedor no se haga extensivo a todos los demás que con él forman la agrupación agremiada. Ni los cafeteros, ni los pasteleros, ni los tenderos, ni los lecheros, ni los carniceros, se han reunido para oponerse a los abusos que contra el público cometen unos cuantos vendedores inmorales.

Parécenos muy bien que suponiéndose, como lo son, en efecto, una parte de la opinión pública, los industriales y los comerciantes procuren recabar para sí todos los beneficios que crean necesarios para su prosperidad. No hemos de ser nosotros quienes roguemos a los gremios de Madrid el derecho de unir su protesta a la que puedan haber formulado de un modo ó de otro los de cualquiera otra provincia, de Barcelona, por ejemplo. Estimamos como muestra de virilidad la exigencia puesta en sus labios de que no ha de transigirse con presupuestos en que el desfilipollar se autoriza, ni con políticos que sirven sus intereses, ni con empleados que ninguna utilidad producen. Todo eso está perfectamente. Pero ¿por qué esos gremios no cominaban con expulsar de su seno a los que adulteran los alimentos expuestos, al dueño de café que agua la leche, al carnicero que insulsa los pulmones, al salchichero que vende triquina, al tendero de sabelichos que cobra lo que pide a cambio de bacalao podrido y al tahonero que cerecena en el peso un pedazo de pan?

Nos gustaría mucho que se anunciase una reunión de síndicos de los gremios de esta corte para mirar por dentro lo que en tales gremios ocurre. Y nos gustaría más que luego se hiciese público el acuerdo de que hemos habido. Ninguna cosa es más conveniente que la moral. Predicarla en una Cámara de industriales para que los políticos y los gobernantes oigan y aprendan la lección, es muy provechoso siempre, pero ir luego desde la tribuna al mostrador y engañar al infeliz que compra, es tener de ella el concepto que, según cierto misionero, tenía de la misma un malayo.

¿Qué es lo moral y lo justo? le preguntaba el misionero. Y él respondía:—Lo moral es que yo robe la mujer de una tribu y la traiga a la mía; lo inmoral es que me roben mi mujer y se la lleven a otra tribu.

EL ESPAÑOL

Correligionarios místicos

Me escribe un consecuente republicano de Irún, que ha trabajado toda su vida por el triunfo de la libertad y la justicia:

«Desde este rincón de España donde las fuerzas de las circunstancias me hacen vivir contra mi deseo, contemplo con pesar el espectáculo triste que ofrecemos a las demás naciones civilizadas. No le detallo a usted hoy mis impresiones por no abusar de su condescendencia; pero si le diré que, lo mismo que en esos otros sitios de España, hay aquí hombres y concejales republicanos que llevan cirio en las procesiones, acompañan sus hijos con el ramo de olivo a la iglesia y consienten a diario el espectáculo de que se lleve a la cárcel al infeliz que se encuentra implorando la caridad pública, mientras toleran y hasta saludan al fraile y a la monja que constantemente acusa al vecindario pidiendo limosna, con diversos pretextos, limosna que sirve para sostener en la holganza a gentes que viven en constante Carnaval.»

Por cada correligionario que me escribe diciéndome: «aquí estamos en el verdadero terreno y decididos a todo», hay veinte lo menos que me dicen: «Los republicanos de aquí son el principal apoyo del clero.»

¡Qué epidemia de hipocritas y farsantes! Ni la babúncia.

Siguiendo así, voy a verme precisado a abrir esta nueva sección en El Motín: *Manejo de republicanos místicos.*

Voy a aprovechar la única ocasión que he encontrado en mi vida de elogiar a Silvela, seguro casi de que no volverá a ofrecerse otra.

En pocos días ha reventado política y hasta militarmente a ese par de nulidades antipáticas y repulsivas que se llaman Polavieja y Weyler.

Y francamente, eso bien merece un aplauso.

¡POR UN MILAGRO!

Tanto había oído hablar el bueno de Juan de las bondades divinas y continuos mila-

gros al señor cura, que creía a pies juntillas en los ejemplos de los libritos milagrosos. Todas las mañanas oía misa antes de ir al trabajo, confesaba todos los meses, ayunaba los días de precepto, y, lo que es más raro, compartía su pan con el más necesitado que llegaba a su puerta. Era buenote porque sí, y tan sencillo de espíritu que se horrorizaba ante los castigos del infierno lleno de calderas de aceite hirviendo, de tenazas arrancadoras de pedazos del cuerpo, de tizonazos, y de mil malas pasadas del señor Pero Botero. Naturalmente, lo decía el señor cura, y este señor no podía mentir.

El año anterior había sido malo, tan malo, que habiéndose perdido toda la cosecha, Juan, después de buscar en vano algún dinero con que prevenir sus escasas necesidades, tuvo que recurrir al terror de la comarca, al señor Riego, hombre enriquecido a fuerza de prestar al 80 por ciento, de falsificar escrituras y hacer firmar en blanco a los infelices labriegos que caían entre sus garras. Como la cosecha del año de antes fué tan mala como la anterior, y Juan no pudo pagar al respetable usurero, este se echó encima de los bienes de aquél, dejándolo sin camisa. (También el usurero confesaba y comulgaba).

Desesperado el pobre hombre, y sin saber a qué santo encomendarse, fué a ver al señor cura, el cual, después de descerrajarle un sermón sobre el tema «la paciencia y la fe» acabó por decirle que la santa Virgen lo sacaría de apuros si se lo pedía con fervor.

Desde la casa del cura se fué Juan a la iglesia derecho, arrodillándose ante la Virgen de los Desamparados y ¡oh prodigios de la fe! la Virgen suspiraba y sonreía y movía la cabeza ¡ayay! y lo oía; pero cuando a Juan se le pusieron los pelos de punta y la carne de gallina fué cuando la Virgen, con un movimiento de cabeza, le mostró los pendientes de brillantes que, como luceros, brillaban en las divinas orejas. ¡Y es claro! El milagro estaba hecho, pues no teniendo la Virgen dinero a mano, le tendía su protección ofreciéndole sus pendientes de valor bastante para sacarlo de apuros; no había duda. Pero Juan no se atrevía a tomarlos; tenía miedo. Pero miedo ¿por qué? ¿No se lo había dicho el señor cura? ¡Y él, no necesitaba dinero! Pues la Virgen se lo daba como podía y no era cosa de despreciarla.

Así discurría el Juan luchando y convencido de sí mismo, porque eso de subir al altar y tomar los pendientes con sus pecadoras manos, era cosa peliaguda. Pero al fin, venciendo la necesidad a los escrúpulos y después de rezar salves y ayemarias para contentar a las once mil vírgenes, Juan se decidió, y temblando, azorado y murmurando una oración, se encaramó en el altar, besó las manos de la imagen que parecían sonreírle siempre, regándolas con lágrimas de agradecimiento y alegría, y tomando los pendientes bajó... a impulsos de un soberano empujón que le hizo dar de bruces en el suelo.

—¡Ladrón! ¡Hipócrita! ¡Hijo de Satanás!

¿Quién lo había de pensar!

—Señor cura, fué un milagro! ¡Un milagro, señor cura! ¡La Virgen me los dió!

—¡Alza pa alante! ¡A la cárcel! Con milagritos a mí ¡geh! ¡sacrilégio!

Y a puñetazo limpio y a patada sucia llevó el ministro del Señor al pobre Juan desde la iglesia a la cárcel.

II

En el patio del presidio relataba cada recluso sus hazañas, y habiéndole llegado el turno a nuestro Juan, contó las causas de su prisión entre las carcajadas de sus compañeros.

—Hacéis bien en reiros de mí, por bruto, —decía Juan para concluir— porque no supe comprender que los milagros no son más que para sacar de apuros a los curas...

¡Yo sí que puedo decir que estoy aquí por un milagro!

S. BERNAL Y PUGA

¡Pero qué bien ardía el altar de la virgen del Rosario en la iglesia de San Antonio en Gallarta! Cuando se logró apagarlo, vióse que el altar había quedado hecho una lástima, así como un brazo de la virgen y el niño que en él sostenía.

Lo cual que extrañó mucho a los fieles, porque precisamente esa misma virgen había realizado unos cuantos milagros, según aseguraba el gremio feo, sucio y mal oliente de las beatas de la localidad.

Por mi parte me limito a decir: «Cuando el Señor de cielos y tierra ha consentido que ese incendio cause tales estropeos, será porque conviene.»

UN JEFE DE FAMILIA

Una tarde, en Saint-Denis, comía yo con un amigo en el café de la plaza principal, junto a una ventana casi al nivel de la acera.

Era día de fiesta, y mientras algunos vecinos paseaban tranquilamente, otros tomaban el fresco sentados en sillas ante las puertas de sus casas.

De pronto se acercó un muchacho al sitio donde yo estaba y puso sus manos en el borde de la ventana, contemplando con asombrados ojos el blanco mantel, las copas de cristal y los humeantes platos que figuraban en la mesa.

El recién llegado era un sár raquítico, bajo de estatura, mal vestido, sucio y casi repugnante. Bajo la blusa se le hubiera podido tocar la columna vertebral.

El infeliz no podía nada y se limitaba a contemplarnos silenciosamente. Miraba sin duda cosas que el pobre no había visto jamás.

—Toma diez céntimos y vete—le dije.

El muchacho cogió la moneda; dijo «gracias»; se separó de nosotros, y le vimos mirar los diez céntimos con alegría, saunamente satisfecho y casi sorprendido de mi generosidad.

Lanzaba la moneda al aire y escuchaba el ruido que producía al caer al suelo; la recogía, se la metía en la boca y la chupaba como si fuese una fruta delicada.

El muchacho no se había alejado de las inmediaciones del café.

Cuando íbamos a salir, cogí un pastel, llamé al chichelo y le dije: «Toma.»

El harapiento tendió la mano y se llevó a la boca el agasajo, en el que hincó los dientes como un mono al apoderarse de una manzana.

No comía por golosinas, sino impulsado por el hambre. ¡Pobrecillo!

Por lo visto, no quería abandonarnos, y caminaba detrás de nosotros sin hacer ruido en la acera, con sus pies descalzos.

El niño llevaba unos pantalones de color indefinido, demasiado largo para sus piernecillas. ¡Sabed Dios de dónde procedería aquella miserable prenda!

Volvimos de repente mi amigo y yo, y con aire resuelto le pregunté uno de nosotros:

—¿Eres feliz?

—Sí, señor.

—¿Eres bueno?

—Sí, señor—repitió el interpelado.

¡Pobre niño! ¿Ser bueno! ¿Sabía acaso lo que significaba?

—¿Vas a la escuela?

—No, señor; trabajo.

¡Trabaja a aquella edad! ¡Habíamos tomado por un mendigo, por un merodeador de caminos, sin familia ni hogar. Pero no era nada de eso. Se trataba de un obrero de fábrica, sujeto tal vez al yugo de un trabajo penoso y cruel.

—¿Y en qué te ocupas? ¿Qué edad tienes?

—Tengo nueve años, caballero—contestó el niño con voz apagada y triste.

Yo no le hubiera echado más allá de cinco.

—No me parece muy fuerte para tu edad.

—Lo soy bastante para lo que hago.

—¿Y a qué te dedicas?

—A dar vueltas al manubrio de una máquina en la fábrica de estampados de pañuelos situada cerca del puente.

—¿Cuánto ganas al día?

—Setenta y cinco céntimos.

—¿Trabajas mucho?

—Desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Pero a las nueve nos dan media hora para almorzar, y luego, a las dos otra hora para comer. Después nos divertimos esperando la llegada del trabajo.

—¿Tienes padres?

—No, señor.

—¿Y hermanos?

—Dos muy pequeños y una hermanita.

—¿Los quieres mucho?

—¡Yo lo creo!

Según se ve, aquel chichelo era jefe de familia; con sus setenta y cinco céntimos hacía hervir el puchero y mantenía a sus hermanos.

Le di una moneda de dos francos, y el muchacho la miró entusiasmado, me dió las gracias y se retiró con aire de triunfo.

Audaz más erguido y satisfecho que antes, contemplando a los otros chicos sin indolencia, pero con un aplomo que hacía un instante distaba mucho de tener.

Aquella pobre criatura se veía protegida y apoyada. El perro había sido sacriciado, y el miserable paría era feliz en aquel momento.

Y corría presuroso, deseando llegar al granero donde vivían sus hermanitos, para enseñarles el dinero y decirles:

—¡Mirad, todo esto mío, es vuestro!

¡Pobre hijo del pueblo, que corría delante de nosotros!

No sabe leer ni escribir, no ha tenido infancia; trabaja desde que tuvo algo parecido a músculos; no goza del aire libre ni de la luz del sol; no ha crecido, y si creciera sería para servir de carne de cañón ó de máquina, ó para ganar batallas, entorchados para los generales y medallas para los patronos.

Lejos de quejarse, se ríe, salta, juega y lucha. Y cuando alguien se aplada de su debilidad, responde sencillamente:

—¡No me tengan ustedes lástima! ¡Me sobran fuerzas para dar vueltas al manubrio de la máquina!

JULIO CLARETIE

Los horteras de artículos de comer, beber y morir, están indignados porque la prensa publica sus honorables nombres indicando las sustancias envenenadas que por clasificación les corresponden.

Al efecto se reúnen con frecuencia, y hasta diz que hablan, lo cual no me extraña, por estar yo en el secreto de que también hablaba la burra de Balón.

Si yo mandara, no les impediría reunirse, no; pero sería en un patio de la cárcel modelo, mientras se sustanciaban las causas que por envenenadores les seguiría el juzgado, y que darían por fin con sus huesos en presidio.

Es el colmo del cinismo el protestar de que no se les permita seguir envenenando como hasta aquí al vecindario, sin equidad y hasta sin asco.

¿Que el párroco de Nayarrete (Logroño) acompañe al cementerio los cadáveres de los ricos y los de los pobres no?

Pues se parece a todos los párrocos de todos los pueblos de todas las provincias de España, y no merece, por lo tanto, que se censure en él tan extendida como utilitaria costumbre.

En la calle «del Salvador» de esta Corte existe una casa de tráfico sensual. En ella entró, sobre las ocho de la mañana del viernes, una hembra de empuje, esbelta y bien formada, en compañía de un cura con buenos hábitos y mejor tupé, pues se necesita tenerlo para, en pleno día, penetrar en una casa así.

Vieron entrar varios chicos a la pareja mixta de sagrado y laico, aguardaron a que saliera, y... Tal escándalo se armó, que el ministro del Señor se coló dentro de la primera casa que pudo, para que no le descalabraran el voto de castidad, hasta que acudieron dos guardias y el embutieron en un coche.

Es tanto el temor que los clérigos tienen al obispo de la diócesis, que apenas pasa día sin que ocurran hechos parecidos.

Ha sido llevado a los tribunales el predicador B. Isalobre, por haber timado dos casullas y un cáliz en una tienda de la calle Mayor.

Lo lamento, no tanto por él, como por sus protectores incondicionales el obispo de Madrid y el secretario Alcolea, esos que persiguen saunadamente a presbíteros que no se permiten tales lujos.

Ese Balsalobre es de los que más se enojan contra la prensa liberal.

A MIS LECTORES

Dispénsenme, si por no retardar una semana el relato del interesante suceso que va en esta plana, he retrasado la salida de este número.

HISTORIA que parece cuento

Pues, señor, como íbamos diciendo, esto era un presbítero muy ilustrado, que por circunstancias que ahora no hay para qué relatar, había dimitido el cargo que en una alta dependencia religiosa tenía y dejado de ejercer su ministerio.

Procuró ganarse la vida trabajando, y lo había logrado, cuando una añagaza de los de su profesión le quitó el pan, y sembró en torno suyo semillas de descrédito. Hay que advertir, para que se vea palpable la injusticia, que tenía todas sus licencias corrientes.

Desamparado y hasta mal juzgado por los informes que los suyos dieron para vengarse de supuestos y no probados ataques, el presbítero, necesitando vivir, volvió sus ojos a la Iglesia, y acudió a los que fueron sus autoridades, dispuesto a someterse a su fallo en punto a lo que llamaban sus errores, y a seguir en adelante ejerciendo su misión de sacerdote humilde y sometido.

Habló a un jesuita, el P. Garzón, quien, sin dudar teniendo en cuenta lo que el Evangelio dice que hace el buen pastor con la oveja descarriada, le dio esperanzas de olvido y fraternidad; más enterose el P. Sanz, y no sé qué otro jesuita, e hicieron cuestión de gabinete el que no volviese a la Compañía el presbítero que a ella había pertenecido en otros tiempos, y con grado preeminente.

Acudió a la Nunciatura, y por creerlo autor de escritos publicados en un periódico republicano, le cerraron las puertas, encontrando únicamente apoyo en el señor Torres Asensio, que hasta quiso proporcionarle hospedaje y alimento en la calle de la Flor Baja, 17, principal. La intención podía ser ésta o aquella, pero el hecho es el que indica; y el hecho, prescindiendo de lo que se relacione con chismes de bastidores eclesiásticos, es digno de alabanza.

Desahuciado en la Compañía y la Nunciatura, acudió al Palacio episcopal, y allí le ofrecieron ponerlo en condiciones de ganarse la vida, mejor que en España, en el extranjero ó en América, pero a condición.

(Al llegar aquí, mi pluma se resiste a moverse; pero le recuerdo que debe hacerlo en defensa de la justicia, y se resigna a seguir el impulso que le trae mi mano en comunicación directa con la verdad.)

Peró a condición, repito, de que escribiese un folleto difamatorio contra el presbítero don José Ferrándiz, a quien el obispo había perseguido con saña implacable.

El otro presbítero, que debe a Ferrándiz favores que ningún alma bien nacida puede ni debe olvidar, negose a esta exigencia, así como a la de escribir otro folleto contra un periódico republicano, y retiróse triste, desencantado, con duelo dentro del alma, al ver que han caído en completo desuso aquellas palabras del Evangelio: «Llamad y se os abrirá».

Y en esta situación de ánimo me pidió una cita, nos vimos, y me dije, después de relatarle lo que a la ligera he apuntado.

—Renuncio a volver a la Iglesia, si he de lograrlo accediendo a la indignidad que se me exige. He cometido en mi vida algunas ligerezas; no siempre he estado dentro de lo que las conveniencias sociales exigen; quizás haya pecado por acomodarme en demasía al medio ambiente en que desde mi entrada en la Iglesia respiré... Pero eso, cometer tal felonía contra un hombre que me ha amparado en mi desgracia, que ha partido el pan conmigo, y del que no tengo en conciencia nada malo que decir, eso no lo hago. Intentaré ganarme el sustento en cualquiera ocupación honrada; con la pluma, si sirvo; dando lecciones de música, de lo que entiendo algo; de francés, que poseo con alguna perfección; y si ni aun esto consiguiere, me acomodaría a trabajar hasta de obrero de la Villa. Todo, menos cometer esa infamia...

Y no prosiguió, porque sus ojos llenos de lágrimas y su voz entrecortada por los sollozos, se le impidieron.

Dejé transcurrir unos segundos, y le dije:

—Esa decisión honra a usted, y le absuelve, para mí y para toda persona de sentimientos nobles, de cuanto censurable haya podido hacer en el pasado. Pero ese folleto que le han exigido a usted para rehabilitarle en el episcopado, ese folleto... hay que hacerlo.

Me miró estupefacto. Como me conoce un poco, le sonó a herejía mi respuesta.

—Peró...

—Hay que hacerlo —le interrumpí. —Vaya usted esta tarde a la redacción, y le diré las razones en que me fundo para aconsejarle esto.

Y me despedí.

Al llegar a la redacción, me avisté con el cura Ferrándiz, le relaté la entrevista, y...

—¿Será capaz de hacer el folleto?

—No, le respondí; quien va a escribirlo, es usted.

—¿No?

—Usted; haga un folleto calumniando a Ferrándiz, pintándole lo contrario de lo que es; nos lo daremos con copia; fíjese (aquí el nombre del otro presbítero)

irá a leerlo al Palacio episcopal, y si lo aprueban...

Al llegar aquí, Ferrándiz vió claro, y exclamó:

—Comprendo; me calumniaré.

Nos vimos aquella misma tarde los tres en la redacción de EL MOTIN, conferenciamos, y el presbítero solicitado para cometer la felonía, escribió la siguiente carta, que llevó al Palacio episcopal un dependiente de esta redacción. Entrególa a la persona a quien iba dirigida, la que respondió, después de leerla, que contestaría por conducto del presbítero P.

Ilmo. Sr.:

Mi querido señor... He sabido lo que pasa y estoy consternado.

Comprendo la situación del Excmo. Sr. arzobispo y de usted.

Me han recibido con la dulzura que aconseja el Evangelio, me han facilitado los caminos del bien y esto se interpreta como una aprobación de mi conducta anterior.

Usted comprenderá que las condiciones que me impuso las acepté, no por suaves, sino por venir de mis superiores; las que ahora se me impongan ya no las consideraré como nacidas más que de un espíritu de venganza extraño a ese palacio episcopal.

Sin embargo, no cejo en mi empeño de seguir el camino que me he propuesto.

Estoy también decidido a publicar el folleto de que hablamos, con el que Ferrándiz y El País habrán acabado para siempre.

Hágame el favor de contestarme por escrito, para que yo sepa a qué atenerme, y crea que lo que yo le he visto en usted no lo olvidaré nunca.

Creo que le parecerá a usted mejor que por ahora nos comuniquemos por carta y se eviten mis visitas.

En casa del buen P. recibí lo que usted tenía a bien escribirme.

Suyo afmo. s. s. y c. q. b. s. m.,

Al día siguiente (23) nos reunimos en esta redacción el presbítero solicitado, Ferrándiz y yo, para leer el folleto que Ferrándiz había escrito contra sí mismo, y que resultó una obra maestra en calumnias gordas, groseras, inverosímiles; tanto, que llegué a creer en el fracaso, porque no era posible que ninguna persona de mediano sentido, por mucho que le cegase el odio, apadrinara tales monstruosidades. Me equivoqué; Ferrándiz conoce mejor que yo a los de su oficio.

Escozo decir lo que bromeamos y nos divertimos la tarde de autos, leyendo aquella carta de mentiras, en que aparecía Ferrándiz de otro modo completamente distinto de lo que es; vicioso, cuando no tiene vicio alguno; mal hijo, cuando es público y notorio que rodeó de cuidados y cariños la vida de su madre; derrochador, cuando vive en una modestia que admirarían los padres del yerno; bebedor, cuando apenas prueba el vino en las comidas; jugador y juerguista, cuando ni conoce los naipes ni entra en un café siquiera; sacrilego, cuando el único defecto que para mí tiene, es que siempre, y a pesar de todo, es cura, en el buen sentido de la palabra. Fué una tarde muy divertida la que pasamos. El cura autor del folleto del otro, vacilaba en ocasiones. Yo le decía: «¿Animo, y acuérdese usted que ha sido jesuita! No deje usted mal a sus maestros».

A los dos días, (el martes, día aciago para algunos), marchó el presbítero autor del folleto que Ferrándiz había escrito, a leerlo en el Palacio episcopal, y el disloque! El secretario y el obispo, entusiasmados, dispusieron que se imprimiera en el acto, y salieron de allí el autor postizo y el presbítero P. a buscar imprenta.

A las seis de la tarde presentose el presbítero solicitado en la redacción de EL MOTIN y me dijo lo anterior, añadiendo: «Salga usted, y verá al cura P. Como no lo conoce a usted, ponedle hablar lo que guste».

Y salí, y vi efectivamente al presbítero P., joven, con hábitos, y dije:

—No, en esta imprenta no puede hacerse ese folleto del obispo. En la calle de la Palma hay una, pero no les conviene a ustedes, porque se tiran periódicos impíos, como Vida Nueva, EL MOTIN... Pero ahí en la calle de Apodaca hay otra, la de Marzo...

Y allá fueron los dos presbíteros, pidiéndole Marzo, según luego supe, 225 pesetas por la tirada de 4.000 ejemplares.

Al día siguiente, al dar cuenta los dos presbíteros al secretario del obispo, de sus gestiones tipográficas, les indicó la conveniencia, para alejar toda sospecha de su intervención en el asunto, de que se buscara una persona de arraigadas virtudes cristianas, que apareciese como editor. Cuando me lo dijo el falso autor del difamatorio folleto, busqué a Modesto Moyrón, que estaba también en el secreto, y a las dos y media de la tarde del jueves fué con el autor a casa del presbítero intermediario, (que en honor de la verdad no ha traslucido una palabra de las intenciones de su amigo) y se comprometió a figurar como editor del folleto, una vez seguro, por afirmación rotunda de los dos curas, de que era cosa del Palacio episcopal.

Hasta aquí los hechos. Las consecuencias que de ellos se desprenden, son terribles.

TROZOS DEL FOLLETO

Para que pueda juzgarse de lo burdo de las calumnias que el obispo de Madrid y su secretario han acogido contra Ferrándiz, allá van unos párrafos del folleto que él ha escrito contra sí mismo.

Hablando de la época en que fué sacristán en las Comendadoras, dice:

«Aunque intenté hipócritamente pasar por bueno, fué imposible disimular sus instintos. Pronto empezó a perseguir a las muchachas del barrio con galanteos procazes y simultáneamente a muchas, sin la precaución de evitar el escándalo, como el que tres de ellas le dieron, arañándole en

el atrio de la Iglesia, y la paliza que le propinó un carpintero, padre de cierta joven a quien el sacristán perseguía».

Se supo que a la vez estaba en culpables relaciones con una mujer casada mayor que él de edad, y con una viudita casquivana muy conocida en el barrio; tenía la muy lonta alguna coquilla para pasar y para mantener los vicios del bigardo, que la explotó durante algún tiempo, hasta que, desengañada, lo arrojó de su lado. El mocito no empezaba mal su carrera de Judas.

Fué aquella una aventura bastante ruidosa. Un tendero del barrio le confió la enseñanza de primeras letras de la cónyuge, antes criada suya. Casi se adivina lo demás; el rapavel, que a ninguna mujer ni hogar alguno respetaba, hizo el amor a la tendera, y el marido lo sorprendió queriéndole dar otras lecciones no incluidas en el contrato.

Escena violenta, amenazas, escándalo... precisamente cuando la viudita, que era parroquiana, aparecía en la tienda... ¡Tableau!

«Pero escarmentar? Eso nunca, ni aun compensado de los sufrimientos que esta conducta proporcionaba a su pobre madre; todo al contrario; reunida con sepultureros y sacristanes maleantes de otras iglesias, y la taberna, la juerga, las mujeres de mala vida, los teatros, y se cree con fundamento que por una larga temporada el juego en cierta timba de la última capa, consumían su atención, el dinero que ganaba, y... el que no ganaba».

Alguien que bien le conocía por entonces, asegura que era diestro en hacer llaves adaptables a la cerradura que se proponía abrir, y que así los cepillos de las iglesias sufrieron continuas sangrías, porque los hurtos de cera, de aceite y de misas burladas a los curas no bastaban para los gastos del mocito... y su madre que se las comiera como pudiese para darle de comer, empujando a veces hasta el abrigo en invierno. Aún quedan conocidos suyos que lo refieren.

A él se le veía siempre mal vestido y no muy limpio, que siempre fué descuidado en todo género de pulcritud, pero ¿qué le importaba si sus vicios quedaban satisfechos?

Todavía estas cosas, aunque graves, podrían pasar como lecciones de la juventud; pero la juventud, si es noble, aunque se extravie, no da en perversidades sacrilegas. Un muchacho disipado no se confiesa, menos todavía comulga; eso le horroriza. Ferrándiz confesaba y comulgaba a menudo sacrilegamente: es claro, no tenía fe el pobrecito ni más fin que cubrir apariencias engañosas. Sólo que la maldita indole discolia y levantisca, traidora y perversa le venía a la mejor, y ya fallaba al respecto a una religiosa, ya a un sacerdote, ya le cogían en mil mentiras, ó aparecía probando con su aspecto que había bebido más de lo justo, ó los fieles se quejaban de él y no sabía como excusarse para salir del atolladero que en temporadas fué casi diario.

No pudo explicar la desaparición de un Cristo de bronce puesto en uno de los altares, la de dos sábanas y otros objetos que dijo le habían sido robados. Un sacerdote concibió vehementes sospechas de que le hubiese sustraído un billete de banco; una señora le atribuyó haberle quitado un rosario de plata...

Hay un hecho, de que testifica un amigo nuestro que está vivo y sano y lo conoce bien, pues casi lo presencié y oyó a un testigo presencial: este señor es don Ramón Caro y Lagunilla, con quien recientemente hemos hablado, el cual nos refiere, que en una noche de Jueves Santo, Ferrándiz, que debía pasar en la sacristía y velando el monumento con otros dos pejes de su laya, uno de ellos sacristán, estuvieron cenando a las altas horas de la noche en la sacristía con carne y pescado... promiscuación horrible que luego ha repetido mil veces, pero que aquí fué unida a un sacrificio nefando.

Ya calientes las cabezas, se les ocurrió probarse los ornamentos preparados para el siguiente día, continuar la cena con ellos puestos, y... espanta decirlo, y no lo creeríamos si persona tan seria y piadosa como el referido don Ramón no nos respondiese de ello; con los ornamentos puestos y entre blasfemias, bebieron en el resto de la cena, en los cálices guardados en la sacristía!

Oído esto, casi es inútil continuar; qué podía esperarse en el sacerdocio de un joven de tales disposiciones?

Posible es que la respetable comunidad de Comendadoras ignorase ó ignore aún este hecho abominable; pero lo cierto es que poco después arrojó de la casa al autor, que anduvo por ahí vagando de nuevo, ya de ayuda en las iglesias, ya dando lecciones de lo que ni aun sabía y buscándose el dinero para los vicios del modo que podía, mientras su pobre madre, ya vieja, y fatigada, tenía que ganarse el sustento cediendo y asistiendo por las casas».

Cualquiera, al leer esto, lo hubiera desechado por grosero é inverosímil. Al obispo de Madrid y a su secretario únicamente se les ocurrió exclamar:

«Que se imprima inmediatamente!»

LA CONDUCTA DEL OBISPO

No tiene disculpa, haya sido cual fuere el móvil que le ha guiado; aun cuando hubiera sido bueno. Para un alma cristiana, es inadmisibles la máxima jesuitica de «el fin justifica los medios».

No digo proponérselo: aun cuando ese presbítero u otro cualquiera hubiese llevado de espontáneamente el folleto contra Ferrándiz, debieron haberlo rechazado en el Palacio episcopal, imponiéndole la corrección debida al autor. Hay cosas, esa una de ellas, en que la complicidad queda establecida únicamente con escucharlas, como hay ofensa sólo en suponer que ninguna persona que en algo se estima puede apadrinarlas.

No, no tendría disculpa el obispo, aun cuando alguien le hubiese llevado el folleto difamatorio. El cargo que ejerce, al par que su dignidad personal, le impiden descender a ese terreno, ni aun para defenderse de un enemigo implacable; mucho menos tratándose de un hombre a quien ese obispo ha condenado a penas canónicas de gravedad, y que, al cumplir las, ha demostrado su perfecta sumisión a la disciplina eclesiástica.

Esa saña, ese odio contra un sacerdote caído, contradicen estos versículos del capítulo V del Evangelio de San Mateo:

22 Mas yo os digo, que cualquiera que se enojare locamente con su hermano, será culpado del juicio; y cualquiera que dijere a su hermano: Raca, será culpado del concilio; y cualquiera que dijere: Fátuo, será culpado del infierno del fuego.

23 Por tanto, si trajeres tu presente al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene algo contra ti,

24 Deja allí tu presente delante del altar, y vete; vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces ven, y ofrece tu presente.

25 Conciliate con él en el camino; porque no acontezca que el adversario le entregue al alguacil, y seas echado en prisión.

26 De cierto te digo, que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuatrante.

Y copiados esos versículos, llamo la atención acerca de lo que indica el hecho de que un impío tenga que recordárselos a un maestro de la doctrina católica.

¡QUÉ CUADRO!

Vemos, en primer término, que lo del perdón de las ofensas y el amor al prójimo han sido pisoteados una vez más por los que tienen el deber de practicarlos, no ya sólo por deber humano, sino por prescripción divina, puesto que son la base de la doctrina que proclaman y defienden. Y en segundo, que la falta de caridad, el odio y la venganza, hallan en los pechos de que debieran estar proscritos en absoluto, cariñoso albergue y acogida.

No se concibe que ningún hombre, y menos siendo ministro del Señor, y menos siendo obispo, se deje llevar hasta el extremo que se ha dejado llevar el de Madrid de la pasión del odio. Eso no es humano; es clerical simplemente.

Aunque Ferrándiz hubiera sido, no lo que es, sino lo que en el folleto se dice, ¿disculpárala esto la acción de ese obispo y su secretario? ¿Es esta la manera de hacer bien a los que nos persiguen y tender la mano a los que nos injurian y calunian? ¿Es así como se levanta al caído? A pensar Cristo como ese obispo y su secretario, habría agarrado a la Magdalena por sus hermosos cabellos, y después de patearle el rostro, la habría arrastrado furiosamente por la calle, en vez de consolarla y perdonarla.

Desde que me enteré de lo ocurrido en la lectura del folleto, no aparto de mi imaginación el espectáculo.

¿Un obispo de la religión del que hasta en la cruz perdonaba a sus enemigos, escuchando, al lado de su secretario y otro sacerdote, aquel cúmulo de calumnias contra otro presbítero en la desgracia; calumnias que aceptaban desde luego sin examen ni investigación; calumnias que hubieran contribuido a papalar, si en vez de haberlas escrito el mismo interesado, las lleva un miserable cualquiera, ávido de protección ó ganancia!...

¡Oh! Si yo fuese pintor, ¡qué buen cuadro haría con este asunto!

Con las bocas entreabiertas por la sed de la venganza, saliéndoseles por los ojos el odio almacenado en sus corazones, jadeantes los pechos por convulsiones nerviosas de fiera que tiene entre sus garras a la víctima durante mucho tiempo acechada, olfateando con sus abiertas narices el vaho de algo más enloquecedor que la sangre del enemigo, su deshonra; allí, en un salón en que los ecos no deberían repercutir más que palabras de amor y dulces sollozos de almas agradecidas, dos hombres ¡qué dignos hombres! dos ungidos del Señor, ¡del Señor que a sus manos había bajado aquella mañana!, oyendo palabras de abominación, frases que hacían trizas a un prójimo, períodos que pulverizaban a un sacerdote, gozosos, sonrientes, mientras sobre sus cabezas se elevaba la imagen de Cristo con los brazos clavados sobre la cruz por haber amado, por haber perdonado, por haber cargado sobre sus hombros con los pecados de todos los hombres!...

¡Oh! qué escena más realista y clerical!

¡Pobre Cristo! ¡Y que fueras crucificado para ver y oír esto!

¡Ah! lo repito. Si yo fuera pintor ¡qué buen cuadro haría!

LOS PEQUEÑOS

He gozado lo indecible estos días, figurándome transplantado a aquellos tiempos en que, solo, perseguido por los conservadores, combinaba aquellas famosas encerronas que dieron por resultado la denuncia del Oticismo, el llevar a la prevención al Cristo de Benvenuto, el burlar a la policía tirando EL MOTIN una semana en esta imprenta, otra en aquella, sacándolo una vez por el tejado, otro dentro de cubas de aguadores, otra por los patios de casas contiguas, aumentando mi inventiva a medida que se iban descubriendo mis tretas.

¡Cuanto he gozado, repito!

La Compañía de Jesús, la Nunciatura, el Obispado, todos con grandes medios de defensa y ataque, con la protección de que gozan, con los recursos que cuentan, lanzándose implacables contra un desdichado presbítero, y éste, con Ferrándiz y conmigo, tendiéndoles en la sombra la red en que estúpidamente han caído...

Claro que han caído porque no tienen razón, y porque la soberbia los ciega, el odio les nubla la inteligencia y obran por impulsos ajenos a todo lo que es noble y le-

vantado. Pero esto no quita para que la satisfacción mía sea grande, inmensa...

No han querido ser generosos ni caritativos, y hoy se ven enzarzados todos. Indignaciones en éstos, carcajadas en aquéllos, según miren la cuestión por el lado de la justicia ó del ridículo. Han cerrado la puerta al que llamaba, y el que llamaba las ha abierto de par en par para que entre la luz a deshacer la penumbra y el misterio. Han cerrado los oídos ante el que pedía humildad, y el humilde ha abierto su boca para que la verdad resuene en los oídos de todos. Han despreciado al que buscaba la paz en el asilo santo, y el que buscaba ha tenido por fuerza que volver al campo donde halla compasión el infortunio y acogida el mérito.

La leyenda de Goliath y David se ha reproducido una vez más. El débil ha vencido al gigante.

¿Si realmente habrá Providencia?

A ESOS

Y ahora, venid, como acostumbráis, caballeros clericales (¡qué mal casan esas dos palabras!) difamando en vuestros papeles al clérigo que ha preferido la miseria a la abundancia, la vida del trabajo a la vida holgazana, la tranquilidad del día asegurado a las inquietudes de lo eventual, por no prestarse a calumniar a un compañero perseguido; venid, si; cuando digáis caerá sobre vosotros.

Si lo pintáis, por escoceros lo que ha hecho, como un hombre indigno del sacerdocio, ¿en qué lugar dejáis a la alta dependencia que lo ha tenido diez ó doce años en su seno, y que se negó por tres veces a admitir la dimisión que de su cargo presentó? ¿No sería esto reconocer que la indignidad es una recomendación para vosotros? Además, si ya era indigno, ¿por qué, para admitirlo de nuevo, queráis recargarlo con una de las indignidades mayores que puede el hombre cometer, la de la traición en amigable consorcio con la calumnia? Y si no lo era ¿por qué hacerlo? ¿No iba a vivir entre vosotros? ¿A recibir diariamente a Dios en sus manos?

Todo lo que digáis, tendréis que inventarlo. Ese clérigo conserva corrientes todas sus licencias. ¿Por qué no se las quitásteis si delinquier? ¿O es que pueden vivir tranquilamente los clérigos bandoleros mientras no se aparten de vosotros?

Y no me habléis de que no le quitásteis las licencias por piedad. He acabado de saber los puntos que vuestra piedad calza, al ver la que habéis querido usar con Ferrándiz.

Creo que esto es lógica pura; pero si la rechazáis, decid cuanto se os antoje. Que todo el mundo exclamará: «¡Bah! otro tregido de calumnias parecidas a las de Ferrándiz».

Y a ellas contestaríamos cumplidamente, sin apelar a los medios que vosotros; a los calumniosos.

Con la verdad, la ley y la justicia, os haremos polvo.

JUICIO IMPARCIAL

El que censure lo ocurrido, será un animal ó un hipócrita. Con este juego se ha evitado:

El que se calumnie a un inocente.

El que el obispo sintiera mañana aterrorados remordimientos.

Y el que un clérigo indigno (pues lo hubiera sido ese presbítero si escribe el folleto) figurase nuevamente en el virtuoso sacerdosio español.

¿Que ese presbítero es acreedor a censura por haber jugado con dos barajas? No ha sido realmente limpio el juego. Pero ¿lo era el del obispo y el secretario? ¿Cómo podía servir mejor a la justicia, negándose a escribir el folleto, ó fingiendo escribirlo para desenmascarar a los que le proponían que lo hiciera?

Además, no es sólo quien ha jugado con dos barajas, como ya probaré.

Y punto final

Y vaya, caballeros del Obispado, de la Nunciatura y de la Compañía de Jesús.

Ahora que han echado ustedes definitivamente de la Iglesia a Ferrándiz y a ese presbítero, que no deben volver aunque ustedes los llamen, pues no serían malos tontos si se dejaran cazar.

Ahora que, seguros en su conciencia de que los han condenado despiadadamente, privándoles hasta de la esperanza de que un día se les haga justicia.

Ahora, prepárense ustedes.

Teniendo talento los dos; sabiendo del clero lo que los profanos nunca sabemos; persuadidos, por el ejemplo que les han dado ustedes, de que la venganza es permitida, creo que no se detendrán en su camino, y harán lo que no han hecho hasta hoy; (yo, al menos, lo haría).

Empezar una campaña terrible, no contra el dogma, sino contra los que viven de falsearlo; no contra la Iglesia, sino contra los que la desacreditan con sus actos. Y sería esta una obra de justicia que aplaudirían todas las personas honradas y facilitarían la solución que tan necesaria es para la vida de España.

Y cuenten con que toda la prensa que no vive de convencionalismos y mentiras, les abriría sus columnas con mucho gusto y fina voluntad.

José NAKENS

MADRID. — IMPRENTA. LIZARRA. 29